

narse responder á sus reiteradas cartas. No obstante, sedujo á Rogero II, duque de Calabria y conde de Sicilia, dándole su hermana en matrimonio con el título de Rey, y soberanía feudal en las ciudades de Nápoles y de Cápua, todo con la condicion de tributar homenaje á la santa Silla, y de pagarle todos los años seiscientas piezas de una moneda de oro que tenia la figura de una copa, llamada por esta razon Schifate. He aquí el primer título del reino de Sicilia establecido por una bula de Anacleto, dada en 27 de Setiembre de aquel año de 1130.

Inocencio no podia encontrar seguridad en Italia. Habíase visto ya reducido con sus partidarios mas celosos á buscar un asilo en las casas mas fortificadas de los Frangipanes, hecha antes la ceremonia de haber tomado posesion en los sitios acostumbrados dada por diez y nueve cardenales, y recibidos los honores de uso segun las circunstancias lo permitieron. No dejó de hacer saber á los Príncipes y prelados la legitimidad de su eleccion, la cual les hizo creer sin dificultad el desprecio general que se tenia á su vicioso coopositor. Huyendo de Roma y llegando felizmente á Pisa, donde fue recibido con señales de afecto, envió nuncios á Francia para instruir particularmente á la iglesia galicana de lo que habia pasado. Hecho esto, se resolvió á pasar á aquella nacion generosa y sólidamente cristiana, que prefiere á su interés privado, dice un autor de aquel tiempo, la utilidad general; que no es inclinada á fomentar el cisma, y que jamás ha levantado ídolos ó fantas-

mas de pastores sobre la Cátedra de San Pedro (1).
 18. Antes que se presentase allí ya se le habia hecho justicia. Al instante se tuvo un concilio en Pui, al que asistió Hugo de Grenoble, no obstante sus enfermedades y su edad de setenta y ocho años. Este santo prelado no tuvo ningun respeto á los motivos humanos ni á los buenos oficios que Anacleto y su padre habian hecho por él en otro tiempo: de convenio con los otros obispos le escomulgó como á cismático, lo cual fue de gran peso á causa de la autoridad de aquel santo anciano. Este golpe de su celo fue la última accion notable de tan digno pastor, que vivió aun dos años despues, añadiendo hasta el último dia de su vida á los trabajos episcopales el recogimiento de los santos solitarios de la Cartuja, á los que constantemente protegió. Quiso retirarse entre ellos real y corporalmente como lo habia estado siempre en el corazon y el espíritu, y corrió de espreso á Roma para conseguir el permiso del Papa. Mas el Pontífice no quiso consentir en la dimision de un obispo tan difícil de reemplazar. Mas adelante, en atencion al triste estado de su salud, logró el permiso necesario para elevar, viviendo él, á su silla otro santo tambien llamado Hugo. Dió este tanta reputacion á la Cartuja de donde habia salido, que casi en el espacio de un siglo la iglesia de Grenoble no eligió sucesores sino entre sus hermanos. Canonizaron á su santo predecesor dos años despues de su muerte.

(1) *Ernard. vit. S. Bern. lib. 2. cap. 1.*

19. Formaba el concilio de Pui, celebrado en el mes de Marzo, un juicio anticipado en favor de la eleccion del Papa Inocencio. No obstante, para no arriesgar nada en un negocio de tanta importancia, y tan urgente al propio tiempo, el Rey Luis el Gordo mandó juntar otro en Estampes en todo el mes de Abril siguiente. Acababa de fundar la abadía de Montmartre, y los religiosos de San Martin de los Campos, á quienes pertenecia el sitio, le habian pedido una recompensa, y luego que concluyó este negocio, dándoles con asenso del obispo de París la iglesia de San Dionisio de la Chartre, y las tierras anexas á ella, pasó él mismo á Estampes con gran número de señores. Además de las informaciones recibidas con toda formalidad de Roma, se hallaron en el concilio muchos testigos oculares de lo que habia pasado en las dos elecciones. No hubo quien no declarase contra Anacleto. Hasta Gerardo de Angulema que habia sido el cómplice mas acérrimo del cisma, pero reputado entonces por uno de los mas grandes prelados de su tiempo, envió un diputado desde Aquitania donde le detenian los asuntos de su legacion, con encargo de presentar sus cartas, en las cuales declaraba con arreglo á las mas escrupulosas informaciones, que prescindiendo de la enorme diferencia de costumbres y fama entre los dos competidores, la justicia estaba toda de parte de Inocencio. El Rey y los principales obispos quisieron todavía tener por árbitro al santo abad de Claraval, mirado ya como el prodigio y el oráculo de su siglo. Toda la asamblea,

de comun acuerdo convino en remitirse á él y pasar por lo que decidiese.

Bernardo tembló al oír esta proposicion; mas por consejo de algunos piadosos y discretos amigos aceptó, por bien de la Iglesia, el cargo terrible que le habian impuesto (1). Examinó con cuidado el asunto delante de Dios: observó el orden y la forma de ambas elecciones, las cualidades de los electores respectivos, la vida y reputacion de aquel á quien habian elegido primero, y era reconocido Pontífice legítimo por el mayor número de iglesias: volvió á entrar en la asamblea, donde espuso lo que debia hacer mas fuerza á una multitud de prelados que tenian las miras asimismo puras, y despues concluyó, que no podia dispensarse de reconocer á Inocencio II por el Vicario verdadero de Jesucristo. Respondieron con aclamaciones y voces de júbilo todos los padres y los señores, y cantaron el *Te Deum* en accion de gracias. Por fin, el Rey y todos los obispos aplaudieron la eleccion de Inocencio, y le juraron obediencia y respeto como á el Padre comun de los fieles. Participaron esta resolucion á los prelados del reino que no habian podido asistir al concilio, quienes la confirmaron con unanimidad.

Uno de los mas prontos y empeñados en ello fue Gerardo de Angulema; mas sirvió solo para descubrirle muy en breve, como sucede en muchas personas sin las que no se puede hacer una buena obra ruidosa, por un impostor adornado de aquella devo-

(1) *Ernald. ibid.*

cion equívoca que busca únicamente el interés en la piedad. Inocencio, que le conocia mas bien que el vulgo admirador, no creyó oportuno que continuase en la legacion de Aquitania; y Gerardo se arrebató tanto con esta negativa, que no tuvo vergüenza de pedírsela inmediatamente al Antipapa Anacleto, quien aprovechó con júbilo esta ocasion de ganarle. Él llenó todas las esperanzas de su digno amo con la obstinacion con que mantuvo en Francia las turbulencias de la discordia.

El Papa Inocencio fue completamente desquitado de esta desercion con la publicidad con que el abad y monges de Cluny abrazaron su obediencia. Luego que llegó por el camino tan conocido de sus predecesores al puerto de San Gil en el Languedoc, Pedro el venerable le convidó á que fuese á olvidar sus desgracias entre sus fieles hijos, y le envió gran número de caballos y mulas para el camino. Esta recepcion en una abadía en que Anacleto habia sido monge, dispuso á todos los occidentales en favor de Inocencio.

Despues de once dias de descanso fue á tener un concilio en Clermont, donde escomulgó al Antipapa. De Clermont pasó á San Benito junto al Loira, adonde el Rey Luis fue á honrarle y á ofrecerle sus auxilios. Mientras esto, muchos obispos de Normandía é Inglaterra preocupados por Gerardo de Angulema se inclinaban á Anacleto, y comunicaban al Rey Enrique impresiones poco favorables á Inocencio. Corrió San Bernardo á avistarse con este Príncipe, instán-

dole á que reconociese á un Pontifice cuyos derechos se habian examinado con tanto cuidado, y comprobado con tanta claridad. Dudaba aun el Príncipe, y temia comprometer su conciencia; pero el santo abad le dijo: „Príncipe, pensad solo en responder á Dios de los demás pecados vuestros, que yo cargo con el peso de este.” Con tales palabras quedó convencido del todo el Rey, y saliendo de las tierras de sus dominios corrió á Chartres á someterse en persona al Papa, y de allí le condujo á Ruan donde le hizo reconocer por todos los obispos de sus estados.

Prevenido el Emperador Lotario por Luis el Gordo, reconoció tambien á Inocencio en un concilio celebrado en Wirsburgo, al que asistió Gautier, obispo de Ravena, enviado por el Papa. Enviaron tambien á asegurarle su obediencia los dos Reyes de España, Alfonso el Batallador, Rey de Aragon, y Alfonso Raimundo, Rey de Castilla. Pasó á Lieja al año siguiente, en donde el Rey Lotario que se hallaba allí con su esposa, seguido de un gran número de señores y prelados, sirvió de escudero á su Santidad, asiendo con una mano la brida de su caballo, y con la otra una vara con que apartaba el tropel de la gente. Este Príncipe por un interés inoportuno é incómodo quiso no obstante aprovechar la ocasion de recobrar las investiduras. Perdieron los romanos el color á la primera pregunta que les dirigió; pero San Bernardo que estaba presente tomó la palabra con tanta energía y pintó tan bien la indecencia é inoportunidad de la pretension, que hizo ceder al punto de la demanda.

Volvió el Papa á Francia desde Lieja; pasó por San Dionisio, donde le recibió magníficamente el abad Sugero, y celebró allí las fiestas de Pascua con todo el aparato pontifical. Entró en París tres dias despues, cuyos distintos cuerpos se apresuraron á rendirle en el mismo camino sus homenajes. Los judíos que mostraban el mismo ardor que los fieles, presentaron al Pontífice un eemplar de la ley envuelto en un velo; y tomando el Papa de este símbolo el objeto de su respuesta, les dijo alzando los ojos al cielo: „¡Quiera el Padre de las luces romper la venda que cubre los ojos de vuestros corazones!”

20. Refrrieron al Papa por este tiempo un milagro obrado recientemente en París, y confirmado por tantos testigos como ciudadanos habia en aquella gran ciudad. La enfermedad llamada fuego sagrado, hacia estragos espantosos en el reino, y particularmente en la capital en el año 1130, con cuya causa el obispo Estévan ordenó á los canónigos de Santa Genoveva, que no eran aun regulares, que sacasen en procesion la caja de la Santa como se verificaba en las grandes calamidades (1). La concurrencia del pueblo fue tan grande, que apenas podia la procesion pasar por las calles. Los enfermos que no pudieron ser conducidos esperaban en número de ciento y tres en la iglesia catedral; y en el momento en que las reliquias entraron en ella, quedaron todos curados á escepcion de tres que no tuvieron la fe necesaria; y además el contagio cesó en todo el rei-

(1) *Exc. Gen. ap. Bolland. 3. Januar.*

no. La catedral resonó con aclamaciones tan vivas y tan largo tiempo reiteradas, que no pudieron cantar los himnos ordinarios en honor de la Santa. El Papa Inocencio mandó celebrar todos los años un prodigio tan incontestable como público y ruidoso. Ninguno, dice el autor de esta relacion, ponga en duda la verdad de nuestras palabras, porque no contamos lo que hemos sabido, sino lo que hemos visto. En reconocimiento de tan gran beneficio, y para perpetuar la memoria de él, se edificó cerca de la catedral una iglesia que fue llamada de Santa Genoveva de los Ardenes.

21. Pero el júbilo fue bien pronto turbado por la muerte imprevista de Felipe, hijo mayor de Luis el Gordo, coronado Rey pocos meses antes. Este Príncipe de cerca de quince años de edad, daba las mayores esperanzas, y era ya la delicia de los pueblos. Egercitándose á caballo en la orilla del Sena, que se llama hoy la Greve, un cerdo se enredó entre las piernas del caballo, y le hizo caer sobre el Príncipe; este quedó estrellado y murió en la noche siguiente. Se habia convocado en Rems un concilio de todas las naciones para confirmar de comun acuerdo la eleccion de Inocencio, y ya este Papa estaba en Compiègne esperando la llegada de los padres, cuando supo tan funesta noticia: envió inmediatamente quien en su nombre consolase al Rey, á quien afligía esta pérdida tanto mas peligrosamente quanto su propia salud estaba cada vez mas vacilante. Sin embargo, se le aconsejó que pasase al concilio, y lo ege-

cutó así para aprovechar aquella ocasion de hacer coronar á Luis su hijo segundo, y precaver de este modo las turbulencias con una ceremonia tan augusta.

A este concilio que se abrió en 19 de Octubre de 1131, asistieron trece arzobispos, ciento sesenta y tres obispos, una infinidad de abades, clérigos y monges españoles, franceses, alemanes é ingleses. El prelado mas distinguido, aunque del segundo orden de la gerarquía, fue sin duda San Bernardo, á quien el Papa hizo asistir con los cardenales á las deliberaciones públicas, no permitiendo que se volviese á separar de él. La eleccion de Inocencio fue unánimemente ratificada, y Pedro de León escomulgado si no venia á verdadero arrepentimiento, despues de lo cual se publicaron diferentes cánones de disciplina. Por el sexto se prohibió á los monges y á los canónigos regulares ser abogados y médicos: „el amor al dinero, dijo el concilio, es lo que los mueve á ello. Es vergonzoso segun las constituciones imperiales que los clérigos quieran ser hábiles pleitistas, y que las voces consagradas á las alabanzas divinas se espongan á ser los órganos de la iniquidad. No deshonran menos su estado, prefiriendo la curacion de los cuerpos á la salud de las almas, y deteniéndose á mirar objetos, cuyo solo nombre no debe parar en sus labios.” Admirará sin duda que el concilio no prohiba sino á los religiosos profesos ser abogados y médicos, y que lo permita de un modo tácito á los clérigos seculares; pero las razones en que funda la prohibicion prueban claramen-

te que toleraba un mal en cierto modo necesario por la dificultad de encontrar fuera del orden clerical el conocimiento de las letras que exigen estas profesiones. Por el cánón doce se prohiben á los caballeros bajo la pena de privacion de sepultura eclesiástica, las fiestas en que hacian prueba de su fuerza y destreza; esto es, los torneos en que ponian en peligro la vida del cuerpo y del alma. La prohibicion no logró extinguir este abuso en que creían los caballeros empeñado su honor, pues subsistió por espacio de cuatro siglos.

22. En 25 de Octubre el hijo segundo de Luis el Gordo, llamado tambien Luis, de cerca de diez años de edad, fue consagrado por el Papa. Por la mañana muy temprano salió Inocencio del palacio arzobispal donde estaba alojado, y seguido de su comitiva y de todos los padres del concilio pasó á la abadía de San Remigio, en que el Rey se hospedaba con el Príncipe, y condujo á este á la iglesia metropolitana: vestido allí con sus ornamentos mas solemnes, puesta la tiara, y acompañado el jóven Luis de innumerable nobleza volvieron á la iglesia de nuestra Señora, donde encontraron al Rey que los esperaba á la puerta con la multitud de señores y prelados. Se dice que en esta ocasion se vieron la primera vez los doce pares, y que el Papa Inocencio fue quien persuadió á Luis el Gordo el establecimiento de los seis pares eclesiásticos. Luego que entraron en la iglesia, fue presentado el Príncipe al altar, y el Papa, dice un autor de aquel tiempo sin citar fiadores de

su asercion, le consagró con el aceite de que San Remigio habia usado para ungir al Rey Clodoveo en el bautismo, y que le habia recibido de la mano de un ángel (1).

23. El santo obispo de Magdeburgo al dia siguiente presentó al Papa carta del Rey Lotario, en que le daba aviso de que en testimonio de su afecto al Pontífice legítimo, se preparaba á marchar contra los cismáticos de Italia; por lo que su Santidad pensó solo en dar fin al concilio para seguir al Rey de Germania, á quien Norberto debia tambien acompañar. Habia este santo arzobispo en los cinco años que llevaba de tan grave cargo demostrado su virtud por todos los medios posibles. Cuando recibió el obispado, encontró los negocios temporales de su iglesia en el mas triste descalabro, y le fue necesario poner remedio á un desórden que suponía otros muchos. Al punto mandó notificar á los que poseían las tierras de la iglesia que fundasen su derecho en títulos legítimos, ó que hiciesen una pronta restitucion. Estos usurpadores, la mayor parte de ellos poderosos, y algunos parientes de arzobispos que habian contribuido á sus usurpaciones, se ofendieron en gran manera de tal órden, y principalmente, segun decian, del tono imperioso que tomaba un hombre sin tropas, sin armas, y últimamente un miserable que habia llegado allí caballero sobre un asno. Opinaron que las injurias y amenazas les serian bastantes para defenderse, y que el prelado no osaria nunca llegar á la egecucion. Mas

(1) *Chron. Maurin.*

él pronunció escomunion contra ellos, y como los que permanecian un año escomulgados eran notados de infamia sin poder obtener audiencia en los tribunales, abandonaron antes de este término una gran parte de las tierras usurpadas, concibiendo un odio mortal contra el arzobispo.

Grangeóse tambien el resentimiento del clero; obligó á todos los que tenian los sagrados órdenes á guardar continencia ó á dejar sus beneficios. Procuraron desacreditarle con el pueblo: llenáronle de injurias, y atentaron muchas veces contra su vida. Mas la Providencia veló de un modo muy especial por la conservacion de la vida, y aun por el honor de un pastor tan útil á la Iglesia. No sirvió la calumnia sino para redoblar hácia él la estimacion y veneracion del Rey Lotario. Quiso este Príncipe absolutamente que Norberto le acompañase en su expedicion á Italia, y que hiciese en ella la funcion de canciller por falta del arzobispo de Colonia muerto poco antes.

24. Por mas que se acelerase el Pontífice Inocencio en pasar á Italia, juzgó no deber abandonar la Francia sin dar á San Bernardo una muestra honrosa de su reconocimiento, visitando el monasterio de Clavaul (1). No le convidaron allí como en otras abadías con regalos de caballos, mulas y ricos equipages; mas la sencillez en un todo evangélica, y la cordialidad religiosa con que le recibieron, lisongearon mucho mas á aquel religioso Pontífice. Salieron los monjes á recibirle vestidos pobremente, llevando una

(1) *Vit. S. Bèrn. lib. 2. cap. 2.*